

La estrategia de seguridad en la nueva época Bush: la guerra preventiva y la ideología del imperio

MARIANO AGUIRRE

El peligro más grave a que se enfrenta nuestra nación está situado en el cruce entre el radicalismo y la tecnología. Nuestros enemigos han declarado abiertamente que están buscando armas de destrucción masiva, y la evidencia indica que lo están haciendo con determinación. Estados Unidos no permitirá que sus esfuerzos tengan éxito. Construiremos defensas contra misiles balísticos y otros medios de lanzamiento. Cooperaremos con otras naciones para impedir, contener y limitar los esfuerzos de nuestros enemigos por adquirir tecnologías peligrosas. Y, en función del sentido común y la propia defensa, América actuará contra tales nuevas amenazas antes de que lleguen a constituirse como tales [George W. Bush, «La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos de América»].

La novísima estrategia de seguridad elaborada por la administración Bush, bajo la influencia decisiva de los neoconservadores, converge en la teoría, tan radical como belicista, de la «guerra preventiva».

La posibilidad de usar la fuerza de forma preventiva, o sea, sin que medie una agresión o haya datos de un ataque inminente, es una atribución que se ha adjudicado EE.UU. en su nueva fase neoimperial. El gobierno de George Bush hijo ha lanzado un ataque a Irak y de paso contra el multilateralismo de la ONU, a la Unión Europea, y un aviso a todo movimiento o Estado que no acepte su liderazgo.

La adopción de esta política, junto con la de usar armas nucleares con mayor facilidad en situaciones bélicas, supone algunos cambios profundos frente a la teoría de la disuasión. Durante la Guerra Fría, la estrategia dominante se basaba en contener el comunismo (*containment*) y lograr que no se expandiese. Se le contenía y se le disuadía de todo ataque y avance en zonas que no se admitían intentos de conquista. Pero también se preconizaba la necesidad de hacerlo retroceder (*roll back*). Había implícitamente una aceptación de la existencia del enemigo y una idea tradicional de la guerra.

La contención y la disuasión iban unidas a la idea de negociación, especialmente en el control de armas. O sea, se pactaba a la vez que se trataba de tener superioridad. Se aceptaba que un ataque con armas nucleares podría tener una respuesta por parte del enemigo que podría llevar a la autodestrucción parcial o total. Juego peligroso que supuso un crecimiento y un desarrollo constan-

te de la tecnología militar y un trabajo conjunto entre los estrategas militares y los diplomáticos. Había una tensa convivencia entre dos visiones del mundo.

En los años ochenta un grupo de ideólogos y estrategias derechistas denominados neoconservadores llegó a ocupar posiciones en el gobierno de Ronald Reagan y en medios académicos y periodísticos. Sus ideas centrales fueron que EE.UU. debía recuperar el liderazgo perdido en el mundo. El ascenso económico y comercial de Japón y Alemania (y luego el conjunto de la Unión Europea) que competía con EE.UU., las revoluciones poscoloniales en el Tercer Mundo, el fracaso en Vietnam y la competencia militar con la ex URSS ponían en cuestión el liderazgo estadounidense, encarnación de la democracia y la libertad.

Por otra parte, estos neoconservadores, que se distanciaron del conservadurismo tradicional, reaccionaron frente a los cambios en su propia sociedad. Entre los años treinta y los cincuenta se había librado la lucha contra los movimientos comunistas y socialistas dentro de EE.UU. de forma exitosa. Pero desde los años sesenta hubo que luchar contra la liberalización de las costumbres, la igualdad de derechos para blancos y negros y de hombres y mujeres, la aceptación de las drogas blandas, la emergencia de grupos críticos en la Universidad, las críticas del mundo cultural, el ascenso del pacifismo, el feminismo y el ecologismo y las políticas de discriminación positiva.

Para poder llevar a cabo ese programa político hacia adentro y hacia afuera, los neoconservadores buscaron apoyo social en los fundamentalistas cristianos, en los ultraliberales económicos, en los unilateralistas que desconfían del multilateralismo, y plantearon, con Reagan a la cabeza, una lucha contra el comunismo al que vieron como irrecuperable y sus aliados regionales (Afganistán, Nicaragua, Angola, entre otros gobiernos) y contra los grupos no estatales (las guerrillas de El Salvador y Guatemala, por ejemplo). Los métodos de la lucha anticiparon lo que ocurre actualmente: los neoconservadores se saltaron las leyes internas de EE.UU. para financiar a la *contra* nicaragüense y pasarles armas mientras se asociaban con los sectores religiosos más radicales de Irak. Presionaron a Naciones Unidas, criticaron a Europa, y apoyaron grupos armados fanáticos (los *mujaidines* afganos, los contrarrevolucionarios cubanos) con el fin de debilitar a los gobiernos que veían peligrosos.

El imperio del mal

Un grupo de los neoconservadores tuvo una influencia decisiva en convencer a Reagan de que la URSS era el centro de un *imperio del mal*, por estructura e ideología y que, por lo tanto, no era un sistema racional al que se le pudiese respetar. Las políticas de distensión y hasta de acercamiento que habían puesto en marcha la social-democracia alemana en los años setenta, y las políticas de negociaciones y pactos sobre las armas de destrucción masiva y tropas que

EE.UU. llevaba a cabo con la URSS durante la época de Richard Nixon, fueron duramente criticadas como formas de mantener, legitimar y eternizar a la abstracción política soviética. Era necesario acabar con ese régimen. Había que cambiarlo para que dejase de ser una amenaza hacia EE.UU., un imperio potencial en el mundo, y en beneficio de sus ciudadanos, que vivían sometidos.

Entre los ideólogos estaba Richard Perle, que ahora ocupa un puesto en un grupo secreto (sus actividades y actas están clasificadas) que asesora al Pentágono. Perle combatió activamente en contra de los acuerdos de control de armas entre Moscú y Washington en los ochenta y estuvo en esas guerras con comentaristas de prensa como Charles Krauthammer, e intelectuales como Norman Podhoretz y Richard Pipes.

La neoconservadora Jeanne Kirkpatrick, embajadora en la ONU de Reagan, teorizó sobre la diferencia entre los *regímenes autoritarios* que respetaban determinadas reglas políticas y económicas (y que eran auspiciados por EE.UU., como la dictadura de Pinochet), que podían ser modificados, y los *regímenes totalitarios*, que no dejaban resquicios para el cambio político, y ante los cuales sólo quedaba asfixiarlos, revertirlos, desgastarlos y, eventualmente, ir a la guerra contra ellos. O ser dominados por ellos.

Los gobiernos de George Bush (padre) y el de Bill Clinton moderaron las tendencias unilateralistas. Con el fin de la Guerra Fría se hizo predominante (por corto tiempo) un discurso que premiaba a quienes hacían pactos, fortalecían la legalidad internacional, mostraban preocupación por temas globales como el medio ambiente, las crisis humanitarias y la pobreza. Se vivió una ideología de las soluciones, y Bush impulsó las negociaciones de paz entre Israel y los palestinos a la vez que libró la guerra del Golfo para desalojar a Irak de Kuwait, pero no llegó hasta Bagdad para cambiar el régimen, sino que se quedó en el marco de la ONU. Diversos neoconservadores que ahora trabajan en la Administración de Bush hijo estuvieron en cargos importantes en el gobierno de Bush padre, combatieron a Clinton desde centros de creación de opinión y los medios.

Contra el multilateralismo

La debilidad del gobierno de Clinton, que fue un multilateralista extremadamente moderado y un unilateralista tibio, produjo un vacío político que fue llenado por los neoconservadores. Basándose en su experiencia de los años ochenta, y en su capacidad de trabajo en el Partido Republicano y en los medios periodísticos y académicos, este grupo fue tomando posiciones, hasta que con el triunfo de Bush hijo en 2000 llegaron otra vez al poder. Después vino el 11 de septiembre de 2001 y las teorías que habían elaborado hasta entonces se volvieron realidades.

El gobierno de Bush combatió y debilitó acuerdos multilaterales, entre otros el Tratado de misiles antibalísticos (una pieza clave de la disuasión de la Guerra Fría), la Corte Penal Internacional, el Acuerdo de Kyoto sobre medio ambiente y la revisión de la convención contra la tortura. Al mismo tiempo, restringió las libertades en EE.UU., violó los derechos humanos de prisioneros en el territorio estadounidense y en la base de Guantánamo (Cuba) y envió a otros a ser torturados en países como Egipto, para obtener información. El sometimiento del Congreso de EE.UU. fue esencial, y lo hicieron acusando de anti-patriotas a los representantes y senadores demócratas que se negaran a cooperar.

En este contexto, los neoconservadores ampliaron sus listas de blancos: la Unión Europea para desgastarla como potencia mundial en período de ampliación, las Naciones Unidas que podrían desempeñar un papel en cuestiones de guerra y paz y, a partir de junio de 2002, los países del *Eje del Mal*. Clinton les llamaba Estados parias (*rogue States*), lo que tenía una connotación que implicaba los que no cumplen con la ley internacional. Bush pasó a calificarlos de malignos. Alguien que está fuera de la Ley puede reincorporarse. El Mal, en cambio, debe ser erradicado. La racionalidad que se usó frente a ellos es la siguiente:

- a) El enemigo principal de las democracias y la libertad es el terrorismo.
- b) El terrorismo no tiene una base estatal, es internacional, pero en algunos casos está amparado por Estados del Eje del Mal, que le dan apoyo e infraestructura. Si un Estado tiene armas nucleares y apoya terroristas es el peor enemigo, ya que encaja en la nueva definición de la amenaza.
- c) El terrorismo puede atacar en cualquier parte, tanto en el frente externo como dentro de nuestras sociedades, lo que obliga a tomar medidas frente a los inmigrantes y, eventualmente, restringir libertades porque los terroristas usan el sistema democrático para destruirlo.
- d) Los Estados deben elegir si están con EE.UU. en la lucha contra el terrorismo o adoptan una posición pasiva.¹

Ante un enemigo de estas características, EE.UU. se reserva el derecho de saltarse e inclusive de cuestionar un sistema multilateral de reglas al que considera que le constriñe y restringe en su capacidad de reacción y de acción preventiva. En este contexto, los ideólogos como Perle dan el paso de atacar a Naciones Unidas y pedir que se reforme el sistema multilateral, promoviendo un consejo de países poderosos y ricos (el G-8) en el que, de todos modos, el liderazgo lo tenga Washington. Al mismo tiempo, Francis Fukuyama, Robert Kagan y Michael Ignatieff, entre otros, lanzan sus ataques contra Europa. Sus razonamientos son que los Estados europeos viven en un sistema multilateral de pactos y negociaciones, y que tratan de relacionarse con el mundo a través del mismo modelo. Esto se debe a que ya no son potencias coloniales y que por lo tanto son débiles. Por otra parte, como han construido un mundo cerrado en sí mismo, son egoístas y han perdido el sentido de la historia y de la realidad. O

sea, no quieren recordar que EE.UU. les salvó del nazismo y les protegió con sus armas nucleares de la ex URSS. Y no comprenden que el terrorismo actual es un actor difuso con el que no se puede pactar ni transigir: sólo queda tener más fuerza para colaborar con el líder de este nuevo orden, Estados Unidos.²

En este marco, la presidencia de EE.UU. publica en septiembre de 2002 la nueva estrategia de seguridad nacional, en la que mantiene la necesidad del liderazgo sobre el resto del sistema internacional, y presenta la doctrina de los ataques preventivos y de la acción unilateral como una responsabilidad.³ EE.UU. tiene la fuerza militar más grande del mundo y considera que eso disuadirá a otras potencias (como Europa, Rusia y China) de competir y les llevará a cooperar, según lo explica una de las redactoras del documento, la asesora de seguridad nacional de Bush, Condoleezza Rice.

Pieza clave en el rompecabezas ideológico de la Casa Blanca y el Pentágono, Rice es una antigua experta en la ex URSS, de la escuela de Pipes, que consideraba inútil cualquier acuerdo con los soviéticos. Ahora Rice cree que EE.UU. se encuentra en una posición de «libertador» del mundo, ya que encarna los valores de la libertad, tiene la posibilidad de atacar preventivamente, puede actuar fuera de las Naciones Unidas si el sistema multilateral le pone trabas y algunos países no quieren colaborar. A la vez, presiona a otros Estados fuertes para que cooperen con Washington. «Los EE.UU., explica, están en varios sentidos en una posición poco usual. Hay pocos Estados que históricamente se hayan encontrado en una situación así, con una preponderancia del poder militar. [...] Nosotros vemos el poder y los valores vinculados completamente.»⁴ Para Rice, el triunfo sobre la ex URSS se debe a que EE.UU. encarnaba el valor de la libertad, mientras que el totalitarismo soviético estaba condenado al fracaso.

Los intelectuales del neoimperialismo indican que EE.UU. tiene una función de liderazgo, que su papel es el de impulsar la democracia, los derechos humanos y el libre mercado. Para algunos de ellos se trata de ejercer el Imperio como una obligación moral (Ignatieff); para otros es el trabajo pragmático de acabar con los regímenes totalitarios y radicales de Oriente Medio para comenzar una democratización que servirá a los pueblos locales y los EE.UU. implícitamente, porque se acabarán las bases sociales del terrorismo (Thomas Friedman). Fukuyama, entre tanto, saluda el discurso del *Eje del Mal* de Bush como una línea de defensa del sistema liberal internacional, que se ve afectado por la falta de visión de los europeos.

Pero junto con este discurso moralizador y pragmático están los intereses económicos y geopolíticos. Antes de que la guerra empezara, Washington ya empezó a adjudicar contratos a empresas vinculadas a miembros del gobierno, indicó que entregaba a empresas de EE.UU. la explotación del petróleo (de las reservas más grandes del planeta) y declaró su intención de instalar cuatro bases militares en Irak para que se quedasen durante años.

Este determinismo llevó a que ideólogos a la que vez que funcionarios, como el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, y el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, consideraran que Irak era el caso perfecto, ya que le acusaron de ser un régimen dictatorial, tener armas nucleares y apoyar el terrorismo. Esa prédica fue repetida por Bush, el primer ministro Tony Blair, el presidente del gobierno español José M. Aznar, entre otros.

La guerra librada entre marzo y abril de 2003 se libró sin el acuerdo del Consejo de Seguridad de la ONU. No se demostró que Irak tuviera armas de destrucción masiva, ni que hubiese apoyo al terrorismo y Bagdad estaba cumpliendo con las resoluciones del Consejo de Seguridad. Thomas Friedman, uno de los legitimadores de la guerra escribió que, en efecto, Irak no era una amenaza para nadie, no había vínculos probados con el terrorismo, ni tampoco era sólo por el petróleo porque se podría acceder a éste de todos modos. Se trata, dijo, de una *guerra por elección* y no una *guerra por necesidad*. Se elige hacer esta guerra para mostrar que EE.UU. quiere expandir la democracia.

En Europa, Hans Magnus Enzensberger saluda la caída de Sadam Hussein abstrayéndose del contexto de ilegalidad de la acción militar, uniéndose André Glucksmann en los ataques a los pacifistas y con Mario Vargas Llosa en sus bajos argumentos contra los gobiernos de Alemania y Francia. Pocos días después el supuestamente moderado secretario de Estado, Colin Powell, amenazó a Siria. Wolfowitz dijo que otros gobiernos debían tomar nota. Y Rumsfeld se sumó con la advertencia de que Irak es la primera de otras guerras parecidas. Entre tanto, la mayor parte de los medios periodísticos estadounidenses, y algunos europeos, se han olvidado de las razones de la guerra y han comenzado a celebrar el inicio de una nueva época, incierta sin duda, para Irak.

La guerra preventiva es un arma más de la ideología del Imperio moderno de EE.UU. La sobreactuación militar tiene relación con la imposibilidad de controlar el conjunto de la economía mundial, de someter el poder económico, comercial y financiero de otros actores globales. A la vez, el sistema económico de EE.UU. es débil, está en deuda, depende de los capitales asiáticos, árabes y europeos. Como indica Wallerstein, EE.UU. es un imperio en crisis, que combatirá duramente durante su declive, pero tendrá que pactar con otros poderes mundiales.⁵ Entre el 11/9/2001 y la guerra de Irak ha comenzado un período duro, violento, complejo, que no permitirá permanecer neutral ante la política de que la fuerza tiene la razón.

NOTAS

1. Harvey Sicherman, «Finding a foreign Policy», *Orbis* (primavera 2002), pp. 219-220.
2. Un análisis de los autores citados en Mariano Aguirre y Phyllis Bennis, *La ideología neoimperial y la crisis de EE.UU. con Irak*, Icaria, Barcelona, 2003.

3. The National Security Strategy of the United States of America, The White House, Washington D.C., 2002. Es interesante que el presidente José M. Aznar apeló repetidas veces a su «responsabilidad» como una de las explicaciones a su apoyo a la guerra contra Irak. La responsabilidad de los políticos es enarbolada frente a unos ciudadanos que emotivamente se oponen a la guerra, pero no ven los peligros del terrorismo internacional.

4. Entrevista con Condoleezza Rice, *The Financial Times*, 23 de septiembre de 2002.

5. Immanuel Wallerstein, «Shock and Awe?», Commentary n.º 111, 15 de abril de 2003, <http://fbc.binghamton.edu/commentr.htm>.

Mariano Aguirre es director del Centro de Investigación para la Paz (CIP) FUHEM, Madrid. Coautor con Phyllis Bennis de «La ideología neoimperial y la crisis de EE.UU. con Irak», Icaria, Barcelona, 2003.